

REVISTA MEDICA HONDUREÑA

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN MÉDICA HONDUREÑA

Dr. Salvador Paredes P.

Redactores

Dr. Ricardo D. Alduvín

Dr. Manuel Larios Córdova

Dr. Manuel Cáceres Vijil

Secretario de Redacción:

Dr. Tito López Pineda

Administrador:

Dr. Manuel Castillo Barahona

Año II |

Tegucigalpa, Honduras, C. A., Julio de 1931

| Núm. 15

PAGINA DE LA DIRECCIÓN

En repetidas ocasiones hemos ocupado esta página para recomendar a los colegas el estricto cumplimiento de las reglas que rigen la moral profesional; hemos execrado con palabras de fuego a quienes transformaban el sagrado ministerio en medio de lucro feroz y criminal; hemos ensalsado a los individuos que por sus virtudes, esfuerzo, capacidad y valor iluminan con su ejemplo la senda que debemos seguir y queremos hoy ocuparnos de un aspecto lastimoso de la moralidad profesional, llenos de vergüenza y de piedad para quienes no pudiendo triunfar de otra manera acuden a ruines y miserables medios.

Se trata de la difamación de colegas. Se dice con el mayor aplomo de la tierra: no busque a fulano, es un ignorante; cuídese de sutano, es un bárbaro; no se deje operar de mengano porque se muere; aquél le cobrará muy caro; éste lo va a estafar; el otro le trabajará gratis pero mal y así por el estilo son las menudencias que se gastan a diario.

Aunque es muy difícil sentar cátedra de moralidad, no lo es denunciar los hechos tal como llegan a nuestros oídos, es nuestro deber y obligación.

La Sociedad Médica estima como uno de sus más altos postulados el de velar por la armonía y moralidad de sus miembros y así como está presta a cooperar en ayuda de los necesitados, también le abundará valor y energía para reprimir los abusos e insolencias de los descarriados.

Muy peregrina es la idea de creer que cuanto más desciende el nivel social o profesional de los otros, más suben los valores de quienes se ocupan de difamar a sus compañeros. Tal vez aceptaríamos ese medio de escalar una buena posición si no existieran aquellos encerrados en los cercos de la decencia, la capacidad, el estudio, la dedicación, el desinterés y el amor a sus semejantes. Tal vez las necesidades apremiantes de la vida, tal vez el hambre con sus garras implacables, rasgan los tenues velos que cubren el honor y la dignidad de los demás, sin misericordia, para saciar su voracidad en las blandas y suaves carnes de los hombres que ejercen la profesión con devoción de apóstoles. Sin embargo, ni aun en esos casos extremados concedemos eficacia al procedimiento. No. Hay un ojo avisador que está por encima de todos; hay una conciencia pública que instintivamente rechaza la calumnia; hay un cuerpo médico asociado, con el deber de arrazar con esas malas hierbas que pululan al amparo de una falsa humildad, que viven destilando el veneno de sus odios concentrados a ras de tierra, como las víboras.

Nosotros, los que estamos por encima de todas esas miserias humanas, ni nos molestamos, ni resentimos; ni mordidas ni ladridos de canes rabiosos remontan hasta las conciencias tranquilas, satisfechas y contentas del fruto de sus labores; pero hay un honor profesional, hay un honor nacional que no pertenece a Juan ni a Pedro, y que estamos todos los hijos de Esculapio obligados a mantener muy en alto; hay una Patria que vale más que los tesoros de un Dorado fantástico, a quien pertenecemos y a quien debemos hacer incondicional ofrenda de nuestras vidas, dignificarla, servirla, amarla con delirio, y sacar de sus desgracias, en vez de lágrimas y lamentos, lecciones y energías para remediar sus males, en el entendido que serán nuestros nietos los disfrutadores de la cosecha de esos granos que hoy sembramos.

Deténganse queridos colegas, vuelvan al camino honorable; respeten si quieren ser respetados; el lodo arrojado a los demás, bien puede ahogarnos al menor descuido.